

Esta inquietud no permite que aparezcan en él verdaderos acentos naturales; le condena á no poner en verso los sentimientos que otros poetas consideran como materia intachable y escogida, y en caso de necesidad, para usarlos, tiene que enmascarar sus propios sentimientos. Quizá se es injusto con él cuando se ha afirmado, conociendo su desgraciada posición, que el conde Platen hasta en poesía quiere mostrarse conde y atenerse á la nobleza y presentarnos por tanto solamente sentimientos de familia distinguida, sentimientos que tengan ya sus sesenta y cuatro abuelos. A vivir en tiempo del romano Pitágoras, hubiera acaso dado libre curso á sus propios sentimientos, y quizá hubiera sido juzgado poeta.

Al menos entonces no se hubieran echado de menos los acentos naturales en sus poesías líricas; pero hubiera quedado la escasez de caracteres en sus dramas, hasta tanto que cambiara su naturaleza intelectual, y no se convirtiera en otro. Los caracteres, que yo pienso que son esas espontáneas creaciones que surgen del espíritu creador del poeta, como Pallas Athene de la cabeza de Kronion completa y armada, seres fantásticos y vivientes, cuyo místico nacimiento está más de lo que se cree en extraña y condicionada relación con la naturaleza intelectual del poeta, así que tales partos espirituales no son permitidos á los que se abandonan con fanfarrona dulzura á creaciones tan infructuosas como las *gacelas*.

No obstante, estas son opiniones personales de un poeta, y su importancia depende de la competencia que á éste se conceda.

No puedo menos de mencionar que el conde Platen también asegura con frecuencia al público que más tarde escribirá cosas importantísimas, de las cuales hasta ahora no se tiene sospecha alguna; sí, escribirá Iliadas y Odiseas, tragedias clásicas y además poesías colosales destinadas á la inmortalidad, cuando se haya preparado convenientemente tras tantos y cuantos lustros. Querido lector, acaso has leído ese desbordamiento de la propia conciencia en trabajosos y limados versos, y la promesa de tan hermoso porvenir te era acaso tanto más grata, cuanto que el Conde pintaba al mismo tiempo á todos los poetas de Alemania, excepto Goethe, ya muy anciano, como un enjambre de malos embadurnadores, que sólo hallaba en su camino, en el camino de la gloria, y eran tan desvergonzados que le despojaban de algunos laureles y recompensas que á él sólo correspondían.

Omitiré lo que oí decir sobre esto en Munich; pero obligado por la cronología, debo dar cuenta de que, por aquel tiempo, el rey de Baviera expresó el designio de conceder á algunos poetas alemanes un sueldo anual, sin asignarles por esto cargo alguno, cuyo desusado ejemplo podía tener hermosas consecuencias para toda la literatura alemana. Me dijeron.....

Pero no quiero abandonar mi tema: hablaba de las jactancias del conde Platen que exclamaba continuamente: Yo soy el poeta, el poeta de los poetas; yo compondré Iliadas y Odiseas, etc., etc. No sé qué diría el público de tales jactancias, pero lo que sé con toda exac-

titud, es lo que de ellas piensa un poeta, pero un verdadero poeta, que ha sentido la púdica dulzura y el secreto terror de la poesía, y no se jactaría de seguro en la plaza pública de la felicidad que proporciona este sentimiento, cual no lo hace el paje feliz que goza del secreto favor de una princesa.

Ya se han burlado más frecuentemente y á más no poder, del conde Platen, con motivo de semejantes ridículas jactancias, pero él ha sabido siempre disculparse á lo Falstaff. En tales disculpas pone de manifiesto, un talento extraordinario en su clase, y que merece mención especial. Sabe el conde Platen descubrir en el pecho de algunos grandes hombres la huella, por pequeña que sea, de las manchas que hay en su propio pecho, y compararlos á sí propio mediante la elección de las manchas que con las suyas tienen afinidad. Sabe, por ejemplo, que los sonetos á Shakespeare están dirigidos á un hombre y no á una mujer, y, á causa de su continua selección, elogia á Shakespeare comparándole consigo mismo....., y esto es lo único que ha dicho de él.

Se pudiera escribir una apología negativa del conde Platen, y afirmar, que tampoco puede culpársele de este ó el otro error, porque no se haya comparado con este ó el otro grande hombre que de él hablaron mal. Pero lo más genial y más digno de admiración en él, consiste en la elección del hombre, en cuya vida descubre inmodestos discursos, con cuyo ejemplo quiere embellecer sus jactancias, y seguramente con este objeto cita de él palabras que jamás se citaron..... Pero esto no es nada para

lo que hizo el propio Jesucristo á quien hemos tenido hasta ahora por un modelo de humildad y modestia. ¿Acaso Cristo fué jactancioso? ¿el más modesto de los hombres lo fué tanto más por ser el más divino? Si, lo que hasta ahora han evitado descubrir todos los teólogos, lo descubrió el Conde Platen, pues él nos insinúa que Cristo, al hallarse en presencia de Pilatos, no se portó tampoco con modestia, ni contestó modestamente, ni mucho menos, cuando al preguntarle éste:—¿Eres el rey de los judíos?—replicó:—Tú lo dices. Y por eso dice El, el conde Platen:—¡Yo lo soy! ¡yo soy el poeta!—Lo que jamás lograra el odio de un despreciador de Cristo, lo ha logrado la exégesis de la vanidad enamorada de sí misma.

Sabemos á qué atenernos, cuando uno grita continuamente:—¡Yo soy el poeta! Y también sabemos qué relación tiene esto con las extraordinarias poesías que el Conde quiere componer, cuando consiga la madurez conveniente, y que han de sobrepajar, de tan inaudito modo, en importancia á sus obras maestras hasta hoy escritas. Sabemos perfectamente que las obras posteriores de un verdadero poeta no son, en modo alguno, más importantes que las primitivas, del mismo modo que una mujer, porque dé á luz con más frecuencia, no por eso da á luz niños más perfectos; no, el primer niño es ya tan bello como el segundo; sólo se hace más fácil el parto. La leona no pare primero un conejo, luego un lebrato, después un perrillo, y por último, un león. Madama Goethe dió á luz desde luego un leoncillo, y éste nos dió del

primer parto sus leones de *Berlichingen* (1). Así también Schiller produjo desde luego sus *Bandidos* (2), donde ya se reconoce al león por las garras. Después viene solamente la pulidez, la fluidez, la lima, la *Hija natural* (3) y *La Desposada de Messina* (4). No ocurrió esto con el conde Platen, que empezó con una artificiosidad escrupulosa, y cantaba acerca del poeta:

«Tú, que brotaste raudo de la nada,
Con cara tan lamida y barnizada,
Pareces un juguete hecho de corcho.»

Sin embargo, si he de expresar mi íntima convicción, confieso, que no tengo al conde Platen por tan rematado loco, como se le cree, á causa de su anhelosa jactancia y del continuo incienso que se dedica. Claro es, que siempre acompaña á la poesía un poquillo de locura; pero sería terrible que la Naturaleza hubiese impuesto á un solo hombre tan considerable porción de locura que fuera suficiente para cien grandes poetas, y al propio tiempo sólo le hubiera dado una dosis de poesía insignificante de puro pequeña. Tengo mis razones para creer que el señor Conde no ha creído en su propia jactancia, y que él, sediento en la vida como en la literatura, y más bien por la necesidad del momento, tuvo que ser su

(1) *Götz von Berlichingen*, drama de Goethe.

(2) *Die Räuber*, ídem de Schiller.

(3) *Die natürliche Tochter*, ídem de Goethe.

(4) *Die Braut von Messina*, ídem de Schiller.

propio *ruffiano* (1) encomiador, tanto en la literatura como en la vida. De aquí que pudiera decirse que en ambas, las manifestaciones se refieren más á un interés psicológico que estético; de aquí al mismo tiempo el deplorabilísimo relajamiento del alma y la mentida soberbia; de aquí la lamentable vaciedad de pronta muerte, y la amenazadora hinchazón de futura inmortalidad; de aquí la inflamable altivez de mendigo y la desmayada sumisión; de aquí las continuas quejas de «que Cotta le deja morir de hambre», y vuelta á quejarse de que Cotta le deja morir de hambre; de aquí los accesos de catolicismo, etc., etc.

Dudo que sea serio el catolicismo del Conde; ante todo ignoro si se ha hecho católico como algunos de sus ilustres amigos. Que quiere serlo, lo deduzco sobre todo de los periódicos, que hasta han llegado á afirmar que el conde Platen se va á hacer monje y retirarse al claustro. Y aun dicen malas lenguas que no le sería muy difícil hacer el voto de pobreza y el de abstenerse de mujeres.

Como es natural, en Munich, al oír tales noticias doblan las piadosas campanas en el corazón de sus amigos. Sus poesías se verían elogiadas en los periódicos eclesiásticos con *kyrie eleison* y *aleluya*; y en efecto, los santos hombres del celibato habrían de regocijarse ante unas poesías en las que se favorece la abstención del

(1) Palabra italiana, cuya forma es la de la española *rufián*, y cuya significación es la de *galeoto* ahora, ó sea *Celestino*, si bien aquí no parece llevar tanto alcance.

sexo femenino. Por desgracia mis poesías tienen otra tendencia, y que no las reivindiquen los clérigos y niños de coro, podrá seguramente entristecerme, pero no extrañarme.

Tampoco me extrañó el saber, el día antes de mi partida á Italia, por mi amigo el Doctor Kolb, que el conde Platen se había decidido á declararme la guerra, y había preparado ya mi perdición en una comedia titulada *Edipo rey*, que ya se había puesto en Augsburgo en casa de algunos príncipes y condes, cuyos nombres he olvidado ó quiero olvidar. Otros me contaron también que el conde Platen me aborrecía y se me declaraba enemigo; y esto me fué en todo caso más agradable que si me hubieran repetido que el Conde me quería como un amigo, sin que yo lo supiera.

Por lo que respecta á los santos hombres, cuya piadosa furia se manifestaba al mismo tiempo contra mí, y no puramente por mis poesías anticelíbáticas, sino también por los *Anales políticos* que yo entonces publicaba, no podía menos de ganar con ella también, pues se vió claramente que yo no era uno de los suyos. Por eso al manifestar que nada bueno de ellos se dice, tampoco digo de ellos nada malo. Hasta soy de opinión de que sólo por amor al bien, por ilusión piadosa y mediante calumnias agradables á Dios pueden quitar fuerza á la palabra de los malos, y que sólo con tan noble objeto; que todos los medios santifica, no sólo tratan de secarles las fuentes de la vida espiritual, sino también de la material.

Se ha honrado á esas buenas gentes, que se presentaban en Munich hasta públicamente como congregación, con el nombre de jesuitas; pero realmente no son jesuitas, al contrario, de serlo, hubieran penetrado que yo, por ejemplo, uno de los malos, poseo, en último caso, el arte literario alquímico de convertir á mis mismos enemigos en ducados, quedándome yo con los ducados y mis enemigos con los golpes; hubieran penetrado que tales monedas no pierden nada de su ley, aun cuando se envilezca el nombre de los acuñadores, como el pobre criminal no siente menos fuertes los azotes, aunque el despiadado juez que le sentencia sea declarado un infame. Y, lo que es más importante, hubieran visto en mí cierta preferencia por Voss el antiaristocrático y algo del ingenuo espíritu de la madre de Dios, por lo que primero me atacaron con barro y bestialidad, y no á consecuencia de mi anticatólico celo.

Verdaderamente, no son jesuitas, sino solamente compuestos de barro y bestialidad, y tampoco he podido aborrecerlos más que á un carro de estiércol y á los bueyes que de él tiran; pues con todas sus tiranteces sólo consiguen lo contrario de lo que se proponen, y sólo podrán obligarme á que les muestre cuán protestante soy, y cómo ejercito mi buen derecho protestante en toda su amplitud, y empuñó su buena hacha de combate con íntima alegría. Hasta, para ganarse al vulgo pudieran hacer que los poetas de la corporación pusieran en verso los antiguos cuentos de comadres de mi incredulidad, y en los bien característicos golpes reconocieran á los her-

manos en fe de un Lutero, de un Lessing y de un Voss. Mas de seguro no blandiría yo con la seriedad de estos héroes la vieja segur, pues el aspecto de mis amigos me hace reír fácilmente, tengo algo de la naturaleza de *Eulenspiegel*, y gusto de mezclar mis burlas; pero no por eso golpearía con menos fuerza en la cabeza de esos bueyes de estercolero, aunque coronara antes mi hacha con risueñas flores.

Pero no quiero profundizar demasiado el tema. Creo que fué por esta época, cuando el rey de Baviera, con el antes mencionado designio, dió al conde Platen una pensión anual de seiscientos *gulden*, y seguramente, no de las cajas del Estado, sino de su bolsillo particular, según el Conde, por gracia especial, pidiera. Esta última circunstancia, que caracteriza á la casta, por lo insignificante que en ella aparece, la cito sólo como un dato para el naturalista, que por acaso haga observaciones sobre la nobleza. En la ciencia todo es importante. A quien me objetara que doy demasiada importancia al conde Platen, que vaya á París y vea cuán cuidadosamente el minucioso y tierno Cuvier pinta en sus lecciones con sus más mínimos detalles al más impuro de los insectos. Fuera, por tanto, una lástima que yo no pudiera probar debidamente el dato de los 600 *gulden*; pero también sé que el conde Platen compuso antes *El Rey Edipo*, y que no se hubiera hecho tan mordaz, si el autor se hubiera hecho más á morder.

En la Alemania del Norte, donde me había hecho volver apresuradamente la muerte de mi padre, recibí al

fin la monstruosa criatura, salida del gran huevo que nuestro avestruz de hermoso plumaje tan largo tiempo incubara, y los nocturnos buhos de la congregación, con piadosos graznidos, y los nobles pavos reales, haciendo alegremente la rueda, le habían saludado con mucha antelación. No podía menos de ser un pernicioso basilisco. ¿No conoces, querido lector, la leyenda del basilisco? Cuenta el pueblo que cuando un ave humana pone, como una mujer, un huevo, nacerá de él una venenosa criatura, cuyo aliento emponzoñará el aire, y que se le puede dar muerte con sólo presentarle un espejo, pues al punto muere de terror, á la vista de su propia fealdad.

Los sagrados dolores, que no me era posible arrojar de mí, permitiéronme, ya dos meses más tarde, cuando tomaba baños en la isla de Helgoland, leer *El Rey Edipo*, y allí, elevado con la continua vista del grande y atrevido mar, se me hizo más visible la pequeñez de concepción y la vieja zurcadura del ilustre autor. Aquella obra maestra me le mostró al fin tal como es, con toda su florida marchitez, con su exuberante falta de ingenio, con su imaginación sin fuerza imaginativa; tal como es, esforzado sin fuerza, intencionado sin intención, un alma sin jugo, un triste joven alegre. ¡Y este trovador de la queja, debilitado de cuerpo y alma, trataba de imitar á los poetas más poderosos, más ricos de imaginación y más dotados de ingenio del mundo juvenil de Grecia!

Nada hay en verdad más repugnante que esa debi-

lidad convulsiva que quisiera alardear de atrevimiento, que esas invectivas laboriosamente recolectadas, á las cuales va adherido el moño de antiguos resentimientos y esa vacilación de ingenio encajador de sílabas, y escrupulosamente imitador.

Como es natural, no se encuentra en la obra del Conde huella alguna de una profunda idea de ese aniquilamiento social en que descansan las comedias aristofánicas, y de la que se eleva como un árbol encantado, fantástico é irónico, adornado de floridos pensamientos, nidos de canoros ruiseñores y de trepadores monos. Semejante idea, unida al júbilo de la muerte y á los fuegos de artificio de la destrucción final, que son correlativas, no debíamos esperarlas, en verdad, del pobre Conde. El núcleo, la primera y última idea, la razón y el objeto de su mal llamada comedia, estriba, como en el *Fatal bidente* (1), otra vez en un insignificante tráfico literario, y el pobre Conde sólo podía imitar de Aristófanes algunas exterioridades, como delicados versos y groseras palabras. Digo palabras groseras, por no emplear otra que lo sea aún más. Como una mujer regañona, vierte todos los tuestos llenos de injuriosos discursos sobre la cabeza de los poetas alemanes.

Yo perdono de todo corazón al Conde su odio, pero él hubiera tenido que reflexionarlo algunas veces. Al menos hubiera debido respetar en nosotros el sexo, porque no somos mujeres, sino hombres, y por consiguiente per-

(1) *Verhängnisvolle Gabel.*

tenecemos á un sexo que, según su opinión, es el sexo bello y el que él más ama. Siempre habrá en esto una falta de delicadeza, por cuya razón, más de un joven no se habrá decidido á admitir sus homenajes, pues cualquiera comprende que el verdadero amante debe respetar á todo el sexo. El cantor de las alabanzas de las mujeres nunca fué seguramente grosero con ninguna de ellas, y un Platen debía, por lo mismo, tener más consideración con los hombres. Pero él, sin delicadeza, sin recato, cuenta al público que los poetas de la Alemania del Norte tenemos todos «sarna

Por lo que hicimos uso de un unguento
Que él antes cual mefítico apreciara.»

La rima es buena. Contra Immermann está durísimo. Ya al principio de su poesía le hace hacer cosas que no me atrevo á nombrar, y que tampoco son para repetidas. Tengo, no obstante, para mí que es verosímil que Immermann las haya hecho, pero es característico que la fantasía del conde Platen hasta sepa espiar *à posteriori* á sus enemigos. No perdonó siquiera á Houwald, á esa buen alma, dulce como una doncella.... ¡Ah! acaso precisamente por esta amable femineidad le aborrece un Platen. Müllner, á quien él, según dice, hace tiempo

«Con real ingenio original matara»,

difunto ya, nuevamente le destierra. No respeta á los hijos ni á los hijos de los hijos. Raupach es un judío:

«El judío Raupel.....

Que lleva, hecho Raupach, la nariz alta»,

«borraja tragedias en guardilla» Aun le va mucho peor al «bautizado Heine».

Sí, sí; no te equivocas, querido lector, soy yo el que cita, y puedes leer en *El Rey Edipo* cómo yo soy un verdadero judío; cómo, después de haberme pasado algunas horas escribiendo canciones amorosas, me siento en el suelo y me pongo á contar ducados; cómo el sábado me acurruco en compañía de otros judíos de larga barba á salmodiar el Talmud; cómo en la víspera de pascua acogoto á un Cristo impúber, y siempre por malicia elijo para ello á un infeliz escritor.

No, querido lector, no quiero engañarte, no están en *El Rey Edipo* estos bien pintados cuadros, y no es sólo la falta que censuro el que no estén allí. El conde Platen tiene á veces las mejores ideas, pero no sabe utilizarlas. Si tuviera tan sólo un poco más de fantasía, me hubiera pintado al menos como un prestamista vergonzante; ¡qué escenas cómicas se le hubieran ofrecido! ¡Lástima me da cuando veo cómo deja escapar el pobre Conde los momentos oportunos para emplear felices ocurrencias! ¡Qué lindamente hubiera podido aprovechar á Raupach, considerándole un trágico Rothchild, á cuya casa fueran á recibir sus préstamos los regios teatros! Al Edipo mismo, protagonista de su comedia, también le hubiera podido utilizar mejor, introduciendo algunas modificaciones en la fábula de la obra. En vez de que él

maté á su padre Layo y de hacerle casar con su madre Yocasta, debió haber hecho al contrario, que Edipo matara á su madre y se casara con su padre.

Lo dramático drástico hubiera sido tratado de mano maestra en dicha composición por un Platen, que hubiera encontrado ocasión en ella de expresar sus sentimientos propios, y hubiera á veces necesitado cantar como un ruiseñor los movimientos de su propio pecho; hubiera dado una obra, que, aun cuando viviera el gacelero Iffland, de seguro la hubieran estudiado al punto en Berlín y se hubiera representado hasta hoy en los teatros particulares. No puedo figurarme nada más perfecto que el comediante Wurm en el papel de semejante Edipo. Se hubiera sobrepujado á sí propio.

Mas no encuentro político de parte del Conde, que asegure en su comedia que él tiene «verdadero ingenio». ¿Trabaja acaso los efectos sorprendentes y golpes de teatro que el público continuamente espera de su ingenio, el cual, al fin, no ha de aparecer? ¿O quiere más bien excitar al público á buscar en la obra el verdadero ingenio oculto, y sólo hace que resulte el conjunto un juego de la gallina ciega, donde tan escondido está el ingenio de Platen, que nadie puede descubrirle? Acaso por esto también el público, que suele reirse de las comedias, se pone de mal humor leyendo la obra de Platen; no puede encontrar la gracia oculta, en vano pía ésta desde su escondite, y pía cada vez más alto: ¡Aquí estoy! ¡aquí estoy realmente! En vano, el público es torpe, y pone cara seria. Pero yo que sé donde se esconde el ingenio, me he reído

de buena gana, cuando leí del «poeta Conde y ansioso de supremacía», que se ciñe aristocrático nimbo, que se celebra, que afirma celebrándose á sí mismo, «que cada aliento que sale de entre sus dientes tritura algo», y dice á todos los poetas alemanes:

«Cual Nerón, os deseara una cabeza,
Por cortarla de un tajo de epigrama.....»

El verso es malo, pero la gracia oculta consiste en desear propiamente el Conde que todos fuéramos Neronés efectivos, y él, al contrario, nuestro único y querido amigo Pitágoras.

Acaso debiera yo hacer resaltar en bien del Conde alguna otra gracia oculta, cuando me toma por su cuenta en su *Rey Edipo* y con la mayor amabilidad dice:—Pues, ¿qué podía ser preferible á mi cristianismo?—Si esto no es por censurarme, pensando humanamente, el Edipo, ese «gran hecho en palabras», es menos digno de ser tomado en serio que las actividades primitivas.

No obstante, el verdadero mérito siempre ha encontrado su recompensa, y el autor del Edipo no dejará de encontrar la suya, por más que ahora, como siempre, sólo confía en su influencia aristocrática y en los legados eclesiásticos. Sí, corre una antiquísima tradición entre los pueblos orientales y occidentales, acerca de que toda acción buena ó mala tiene sus inmediatas consecuencias para el autor. Y llegará el día..... como llegan—te choca, sin duda, querido lector, que ahora ande algo extraviado por la *pasión* y me ponga lúgubre;—llegará el día en que

salgan del Tártaro las terribles hijas de la noche, «las Euménides». ¡Voto á la Stigia!—por sus ondas no juramos los dioses nunca en falso;—llegará el día en que aparezcan las sombrías y justicieras hermanas, y aparecerán con su cabellera de serpientes, los rostros encendidos por la ira, con los mismos látigos de serpientes con que un día flagelaran á Orestes, el desnaturalizado criminal que asesinó á su madre, la tindarídica Clitemnestra.

Acaso oye ya el Conde silbar á las culebras—ruégote lector que pienses ahora en el *Desfiladero del lobo* (1) con música de Samiel;—acaso sobrecoge al Conde el secreto terror de la culpa; el cielo se oscurece, graznan las aves nocturnas, rueda lejano el trueno, relampaguea, huele á colofana (2). ¡Ay de tí, ay de tí! los ilustres antepasados se levantan de sus tumbas y tres y cuatro veces exclaman: ¡ay de tí, ay de tí! dirigiéndose á su quejumbroso descendiente; le juran volverse á vestir sus antiguas perneras de hierro, para defenderle de los terribles látigos; pues las Euménides le abrirán con ellos las carnes, los látigos de culebras se cebarán en él en son de burla, y como el galante rey Rodrigo, cuando estaba encerrado en la torre de las sierpes, se quejará y lamentará también el pobre Conde:

¡Ya me comen, ya me comen
Por do más pecado había! (3).

(1) *Die Wolfsschlucht.*

(2) Resina.

(3) Cervantes; *Don Quijote*, Parte 2.^a, Cap. XXXIII. Puestos en boca de D.^a Rodríguez.

No te horrorices, querido lector, todo esto es una broma. Estas medrosas Euménides no son más que una alegre comedia que bajo este título he de escribir dentro de algunos lustros, y los trágicos versos que te han amedrentado, están precisamente en el libro más alegre del mundo, en *Don Quijote de la Mancha*, donde una vetusta y respetable dama los recita en presencia de toda la corte. Ya veo que vuelves á sonreírte. Alegrémonos y riamos antes de despedirnos. Si este último capítulo es algo fastidioso, consiste sólo en el objeto que en él me propuse; pues le escribí más para utilidad que para recreo, y si he logrado que la literatura pueda aprovecharse de un nuevo loco, la patria habrá de agradecerme. He roturado el campo en que ingeniosos escritores sembrarán y cogerán, y mi más bella recompensa es la modesta conciencia de este mérito.

A algún monarca, que por ello quiera enviarme una tabaquera, le advierto, que en la librería «Hoffmann y Campe, en Hamburgo», tienen orden de recibir cuanto se me remita.

*Escrito ya bien entrado el otoño
del año de 1829.*

III.

LA CIUDAD DE LUCCA.